

cia pública estuviese robusta y limpia, correría parejas la previsión y cuidado para atajar la delincuencia con la instrucción y la moralización de las clases populares, y la sencilla y muda represión de crímenes que horripilan, no ya á nuestra ética, sino á nuestra estética; porque aún los creo más feos que malos. — Pensad que nuestras cárceles son por lo común hediondas mazmorras; pensad que allí se confunden en promiscuidad fatal los criminales empedernidos con los delincuentes ocasionales, relativamente hombres de bien; pensad en lo que descubren de lacras sociales procesos como el del *Canti-nero*..., y decidme si no sería más urgente atender al remedio de un estado tan desastroso, que importar de París lo peor de su ambiente: la manía de las criminales *dernier cri*, con pedestal de papel impreso.

* *

La guerra entre Rusia y el Japón se hace inminente: la causa es honda, decisiva, porque es económica; se trata de importantísimos mercados que los rusos se aseguran con la posesión de la Manchuria, y en esto sí que no cabe transigir ni vacilar: es cuestión de vida ó muerte. Y sin ser profeta ni alardear de entendido, puede ya vaticinarse que el descalabro será para el país de las teteras bonitas, de las caretas horribles, de los sables de empuñadura cincelada y de los *kakemonos* de colorines alegres y delicadamente casados por un instinto artístico.

El Japón se ha envalentonado con su victoria sobre el Celeste Imperio; se ha envalentonado, sobre todo, con la esperanza de una confederación y una hegemonía de la raza amarilla, que, si llegase á realizar este ideal, sin género de duda renovaría, con mayores probabilidades de éxito, las empresas de Gengiskan, sojuzgando á Europa. Los amarillos son innumerables: una inundación humana, un torrente que desatado cubriría con sus ondas el mundo. Son además pueblos y razas preparados para invadir, por su homogeneidad. Las invasiones quieren eso: unidad, no sólo de raza, sino de almas y cuerpos: de otro modo, sucede á los invasores lo que á los bárbaros del Norte, que se amalgamaron á los pueblos invadidos y llegaron á no poderse escindir nunca. No así los amarillos, seguramente: el alma amarilla es una esfinge; son para nosotros impenetrables. Y acaso el enigma de esa esfinge se descifra con una palabra: odio. Odio al europeo, odio al hombre blanco que por tantas centurias les ha sido superior y cuya civilización tratan de asimilarse por medio del paciente y terco instinto de imitación perfecta que distingue al asiático.

* *

Hay que confesar que, en este respecto, los japoneses han hecho prodigios. Su imitación no se limita á lo externo, material y mecánico: es el espíritu, es lo íntimo de la civilización europea lo que ha recogido y lo que está poniendo en juego para adelantarse. Comparemos: aquí repetimos desde hace años que sólo puede salvarnos la instrucción; pero el último censo nos dice que las dos terceras partes de los españoles son analfabetos: no poseen ni el instrumento de la instrucción (que no debe confundirse con la instrucción misma, pero que le es indispensable). El Japón, en corto tiempo, ha dado á su instrucción pública un vuelo que parecería inverosímil, si no supiésemos que la gran Musmé, la emperatriz en persona, va todos los días á visitar la Universidad de mujeres que ha instalado cerca de su palacio. Desde los más altos hasta los más bajos, en el Nipón se abrió camino la idea de que la instrucción es la verdadera fuerza nacional; de que ella dirige los buques de guerra, impulsa á los ejércitos, extiende el comercio, normaliza la justicia, ataja la criminalidad, dignifica á los Estados. El Japón, por medio del profesorado, con catedráticos, está asegurando la victoria sobre China, victoria que no hicieron sino iniciar los triunfos navales recientes.

Así es que todas mis simpatías, en la lucha que se prepara, están por el probable vencido, el japonés. Rusia llevará la mejor parte mecánicamente, á fuerza de fuerza: tiene dos veces más buques, tiene un ejército superior, tiene el peso, lo bruto y material, lo que aplasta por la gravedad, y en las guerras actuales no es el valor, no es ni la astucia, lo que inclina la balanza. En esta, especialmente, hablarán los cañones de los acorazados, y el número decidirá, como decide siempre.

Si Bismarck no pronunció aquella famosa frase sobre la fuerza y el derecho, ó si no la pronunció

en el sentido que se le atribuye, no por eso deja de ser la frase un Evangelio, de hierro si se quiere, pero Evangelio al fin. La fuerza: estamos dentro de ella, bajo su incontrastable dominio. A principios del siglo XIX aún luchaba el espíritu con la materia. En el XX ni se imagina tal insensatez. Los adelantos de la ciencia han hecho de la guerra, y especialmente de los combates navales, algo concreto, algebraico, y por eso creemos de antemano que la escuadra rusa destruirá á la escuadra japonesa.

* *

Notemos, entre tanto, la indiferencia de Europa ante los horrores de Macedonia y demás países cristianos sometidos al yugo turco. Esa Inglaterra y esos Estados Unidos que tanto se indignaban con las supuestas crueldades españolas en Cuba, ¿qué hacen ahora, que no ponen el grito en las notas diplomáticas y no acuden con todo su vigor á remediar tamaños horrores?

Porque las iniquidades turcas, divulgadas por la prensa y las agencias telegráficas al través del mundo entero, son de aquellas que recuerdan épocas de la historia que hoy nos parecen terrorífica leyenda: los tiempos en que los normandos les cantaban á los sajones la misa de las lanzas. Mujeres y jovencitas atropelladas en presencia de sus maridos y padres; niños descuartizados, con el vientre abierto; hombres degollados sobre el regazo de sus esposas; cabezas ensangrentadas en pirámide; manos descepadadas rodando por el suelo; casas ardiendo con sus moradores dentro... No sé si todo esto equivaldrá á lo de Cuba, y sin duda no equivale, cuando los humanitarios que por pura humanidad se nos echaron encima lo ven tan impávidos. En el siglo XII se hubiese alzado ya la Cruzada.

Desde el siglo XII acá ha tenido tiempo de nacer, criarse y marcar con su sello á naciones enteras aquel tipo admirablemente estudiado por el genio de Molière, Tartufo. Error creer que Tartufo representa al beato católico. Tartufo ha apostatado y es protestante; y más Tartufo.

* *

En una causa que está juzgándose estos días en mi pueblo recojo un curioso documento de superstición y barbarie.

Se trata del asesinato de una señora de aldea, cometido por un mozo á quien empleaba como jornalero. Este mozo había servido en la guerra de Cuba, en las guerrillas, y matado á muchos mambises: como que era el encargado de rematar á los prisioneros, y lo hacía — de ello se jactaba — de un solo golpe. Acabada la lucha, el guerrillero vuelve á su aldea — sin una chispa más de luz en el cerebro y con la bruma sangrienta de la matanza envolviéndolo para siempre en halo rojizo. — Cuando la señora (señora relativamente: una labradora algo acomodada) que le daba jornal le niega un prado en arriendo, el mozo siente el impulso de dañarla y empieza robándola; el mezquino robo de unas cuantas libras de carne de cerdo, que substrahe de un cobertizo. No pudiendo saber quién se las ha quitado, la señora deposita un cuartillo de aceite en la lámpara del Santísimo Sacramento, con la intención de que, según se consuma el aceite, irá consumiéndose la vida del desconocido ladrón: resultado que en la aldea se tiene por infalible.

El mozo se entera del nefando exvoto, y al punto mismo cree sentir que la jaqueca taladra su cráneo y que su vida en efecto se consume con cada gota del embrujado aceite. ¿Cómo evitar que se cumpla el misterioso conjuro? — Matando primero. — Y á las oraciones, se introduce en casa de la señora, aprovecha el momento en que la ve inclinarse para cortar verduras, y con un hacha la hiere, sin lograr el golpe de destreza de los mambises, pues no la acaba del primer tajo: tiene que ensañarse en su víctima.

Y esto, ¿en qué siglo acaece? — En el nuestro, en el año de gracia que corre. — Ya funciona la telegrafía sin hilos; Santos Dumont surca el aire; en las clínicas alemanas se preparan los sueros que vacunan de las infecciones; en Noruega se implanta la escuela modelo..., y en una aldea de Galicia se desarrolla este drama primitivo, de sombra y terror, de miedo y fanatismo, de instinto salvaje y conciencia caótica.

Es la otra faz de la luna, la que nunca baña la claridad. Por nuestra desdicha, esa faz es la que solemos ver.

EMILIA PARDO BAZÁN.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

DE NUEVO

El 28 de septiembre me saltó traidora enfermedad que cortó bruscamente mi comunicación con los lectores de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA. Un mes hace que no tomo la pluma en la mano para conferenciar con el público; casi he perdido la costumbre, y experimento la sensación de extrañeza con que, al volver de largo viaje, recobramos los hábitos y las ocupaciones antiguas. De todo viaje se puede no regresar, y siempre sorprende haber regresado, ver eslabonada otra vez la cadena de las horas y los días.

* *

Mientras duró la agitación en favor del indulto de Cecilia Aznar, no hubiera sido prudente escribir lo que sigue, pues pesase lo que pesase, siempre existía la contingencia de que el más leve peso inclinase la balanza hacia el patíbulo. Ahora que el indulto está otorgado, puedo decir que no me explico, á distancia y desde afuera, por qué despertó tal interés una criminal de las verdaderamente repulsivas. Si se originase el interés del convencimiento de que el derecho penal para la mujer tiene que ser diferente que para el varón, puesto que distintos son también el derecho civil y el político..., ¡ah! entonces debiéramos aplaudir una idea tan justa y humana. Pero si esta idea — que la mujer, limitada en su derecho, ha de estarlo proporcionalmente en su responsabilidad — no es la que inspiró la campaña de indulto, si algo personal la dió vuelos, me pregunto con asombro, ¿qué pudo ser? ¿Qué existe en Cecilia Aznar que atraiga simpatías? ¿Dónde se habrá visto un crimen más prosaico y repugnante? Todo delincuente, convengo en ello, es muy digno de piedad; no repruebo, antes me parecería una señal de adelantamiento y cristianización de las costumbres, el interés que, en general, inspirasen los delincuentes, y que se encaminase á sanearlos, como se sana y desinfecta más cuidadosamente los lugares donde existen gérmenes de infección; esto sí, lo declaro bueno y santo; mas en nada se parece á la aberración sentimental, quizás provocada por los estímulos de una publicidad malsana, que concentra la compasión en los asesinos de rumbo y estrépito, que rodea de aureola la frente que debiera inclinarse al peso del arrepentimiento, que populariza y forma leyenda á los héroes del presidio. Signos de la decadencia triste de los tiempos, tales anejos de la opinión y de la multitud; si la concien-